

LOS RIESGOS DEL PRAGMATISMO



OSVALDO REBOLLEDA

LOS RIESGOS DEL PRAGMATISMO



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

Contenido

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
¿Qué es el pragmatismo y cómo llegó a la Iglesia?.....	10
Capítulo dos:	
Pragmatismo bíblico Vs. Pragmatismo peligroso.....	16
Capítulo tres:	
El evangelio reducido a producto.....	22
Capítulo cuatro:	
Adoración o experiencia emocional.....	27
Capítulo cinco:	
El culto al método.....	32
Capítulo seis:	
Iglesias llenas corazones vacíos.....	38
Capítulo siete:	
El desgaste oculto del liderazgo.....	43
Capítulo ocho:	
Un evangelio centrado en el hombre.....	50

Capítulo nueve:	
Cuando el ministerio ocupa el lugar de Dios.....	55
Capítulo diez:	
El pragmatismo del súper ungido.....	59
Capítulo once:	
Recuperar la centralidad de Cristo.....	65
Capítulo doce:	
Una Iglesia fiel aunque no sea popular.....	70
Capítulo trece:	
El llamado a un liderazgo discernido.....	75
Epílogo	79
Reconocimientos.....	83
Sobre el autor.....	85



Introducción

Vivimos tiempos en los que la palabra éxito ha adquirido un peso casi sagrado. Se la pronuncia con reverencia, se la persigue con ansiedad y se la exhibe como prueba irrefutable de aprobación divina. En muchos espacios de la iglesia contemporánea, lo que produce resultados visibles se asume automáticamente como correcto, y lo que no los genera con rapidez es descartado como ineficaz, obsoleto o carente de visión. Así, sin darnos cuenta, hemos comenzado a evaluar la obra de Dios con criterios que Él nunca estableció.

El pragmatismo, entendido como la tendencia a valorar lo verdadero por lo que “funciona”, se ha infiltrado silenciosamente en la vida de la iglesia. No lo ha hecho con rostro hostil ni con intención declarada de desviar la fe, sino revestido de buenas intenciones, lenguaje espiritual y una profunda preocupación por alcanzar a las personas. Sin embargo, cuando este pragmatismo deja de estar sometido a la revelación bíblica y a la dependencia del Espíritu Santo, se convierte en un riesgo serio, capaz de erosionar la esencia misma del evangelio del Reino.

No todo pragmatismo es malo. La Escritura nos enseña una sabiduría práctica que nace de la comunión con Dios, del discernimiento espiritual y de la obediencia a Su voluntad. La iglesia necesita orden, responsabilidad, claridad y

compromiso. Pero existe una diferencia fundamental entre servir con sabiduría y someterse a la lógica del resultado.

El problema comienza cuando los métodos dejan de ser instrumentos y pasan a convertirse en fines; cuando lo que “da resultados” se vuelve incuestionable; cuando la fidelidad es sacrificada en el altar de la eficacia.

En este contexto, la iglesia corre el peligro de transformarse en una empresa religiosa, el liderazgo en una gerencia de crecimiento, y la adoración en una experiencia diseñada para satisfacer expectativas humanas más que para exaltar la gloria de Dios. Se mide la bendición por la cantidad de asistentes, la salud espiritual por el presupuesto, y la unción por la popularidad. El lenguaje cambia, los objetivos se redefinen y, poco a poco, la obediencia deja de ser el criterio central.

Uno de los síntomas más preocupantes de este pragmatismo peligroso es que ya no está enfocado en discernir la voluntad de Dios, sino en sostener estructuras, métodos y sistemas que deben funcionar a toda costa. En muchos casos, el compromiso que se exige no es con el Señor, sino con el modelo ministerial.

Se trabaja intensamente, se multiplican las actividades y se demanda productividad constante, pero la vida espiritual se empobrece y la dependencia del Espíritu Santo se vuelve secundaria. El método avanza, pero la presencia retrocede.

Este enfoque no solo afecta a la iglesia como comunidad, sino que desgasta profundamente a los líderes. Pastores y obreros viven bajo la presión permanente de sostener resultados visibles, reinventar estrategias y mantener el interés de la gente.

El ministerio se vuelve agotador porque ha dejado de ser una respuesta a la voz de Dios para convertirse en una carrera interminable por no perder relevancia. Allí donde debería haber descanso en la comunión, hay ansiedad por el rendimiento.

Además, el pragmatismo tiende a desplazar el centro del mensaje. El evangelio es suavizado, reducido o adaptado para no incomodar. Se enfatizan las promesas, pero se evita la cruz; se habla de bendición, pero no de arrepentimiento; se ofrece a Cristo como solución inmediata, pero no como Señor absoluto. El resultado es una fe superficial, frágil y vulnerable, incapaz de resistir la prueba, la corrección y el sufrimiento.

Este libro nace de una carga apostólica y magisterial: advertir sin condenar, discernir sin destruir y llamar al liderazgo a volver al centro. No es un rechazo a los recursos, a la creatividad ni a la contextualización, sino una invitación urgente a examinar los fundamentos. Porque cuando la iglesia prioriza lo que funciona por sobre lo que es fiel, corre el riesgo de ganar multitudes y perder discípulos; de crecer en números y decrecer en profundidad; de avanzar en actividad y retroceder en santidad.

La pregunta que atraviesa estas páginas no es si algo da resultados, sino si agrada a Dios. No es si atrae multitudes, sino si forma discípulos. No es si sostiene una estructura, sino si exalta a Cristo. Porque al final, no seremos evaluados por el impacto visible de nuestros métodos, sino por la fidelidad con la que obedecemos la voz del Señor.

Volver a esta centralidad no es retroceder; es volver al origen. No es perder relevancia; es recuperar autoridad espiritual. Y no es abandonar la misión, sino alinearla nuevamente con el corazón del Reino.

“La sabiduría que descende del cielo es ante todo pura y además pacífica, respetuosa, dócil, llena de compasión y de buenos frutos, imparcial y sincera.”

Santiago 3:17



PARTE I

**COMPRENDIENDO
EL PRAGMATISMO**

Capítulo uno

¿Qué es el pragmatismo y cómo llegó a la iglesia?

*“Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la
voluntad de Dios permanece para siempre.”*

1 Juan 2:17

El pragmatismo, en su forma más simple, propone que el valor de una idea, una acción o una creencia se mide por su utilidad práctica y por los resultados que produce. Algo es considerado bueno, verdadero o válido si “funciona”.

En el mundo secular, esta lógica ha moldeado profundamente la educación, la economía, la política y la cultura contemporánea. El problema no es su existencia en esos ámbitos, sino su traslado acrítico al terreno espiritual, donde los criterios del Reino de Dios no se rigen por la eficacia inmediata, sino por la obediencia y la verdad.

Cuando el pragmatismo entra en la iglesia sin ser filtrado por la revelación bíblica, comienza a redefinir silenciosamente las prioridades. Ya no se pregunta primero

qué ha dicho Dios, sino qué método produce mejores resultados. La fidelidad deja de ser el eje y es reemplazada por la efectividad. Así, la iglesia corre el riesgo de adoptar una mentalidad funcionalista, donde lo espiritual es evaluado con métricas humanas.

Este proceso no ocurre de manera abrupta ni malintencionada. Generalmente se inicia como una respuesta a desafíos reales: iglesias que desean crecer, líderes que quieren alcanzar a más personas, pastores que anhelan ver transformación en sus comunidades.

Sin embargo, cuando la presión por ver resultados visibles se vuelve dominante, el discernimiento espiritual comienza a debilitarse. Se empiezan a justificar prácticas no por su alineación con la Palabra, sino por su capacidad de atraer, retener y producir.

La cultura contemporánea, marcada por la inmediatez, el consumo y la tecnología, ha contribuido enormemente a esta distorsión. Vivimos en una sociedad que rechaza los procesos largos, desconfía de lo invisible y valora solo aquello que puede medirse y exhibirse.

En ese contexto, la iglesia enfrenta una tentación constante: adaptarse para no quedar relegada, competir por atención y traducir el mensaje eterno en formatos que no exijan compromiso profundo.

Así, conceptos como crecimiento, impacto y relevancia comienzan a ser interpretados exclusivamente en términos cuantitativos. Las bancas llenas se convierten en señal de bendición. Los presupuestos elevados se asocian con aprobación divina. La visibilidad en redes y plataformas se confunde con autoridad espiritual. Sin darnos cuenta, comenzamos a pensar que si algo produce números, entonces Dios debe estar detrás de ello.

Sin embargo, esto debería ser muy claro para los cristianos, porque Jesucristo nuestro maestro y Señor, nos dejó una clara evidencia que resultados visibles no son la evidencia de un diseño divino. No olvidemos que su vida estuvo marcada por el rechazo, el abandono, la traición y la crítica constante. Es cierto que las multitudes lo buscaban, pero Él no dio lugar a esa búsqueda como si fuera un beneficio. Por el contrario, ayudó a las personas, pero les marcó claramente el desenfoque del interés que expresaban.

“Les digo la verdad: ustedes no me están buscando porque vieron las señales milagrosas. Me buscan porque comieron pan y quedaron llenos.”

Juan 6:26 PDT

Dios no mide como mide el hombre. A lo largo de la historia bíblica, vemos repetidamente que el Señor no se impresionó por las multitudes, ni por la fuerza, ni por la organización humana. Él buscaba corazones obedientes, fidelidad en lo pequeño y dependencia absoluta de Su

Espíritu. Muchas de Sus obras más profundas nacieron en contextos de aparente debilidad, anonimato y fracaso visible.

El pragmatismo peligroso surge cuando la iglesia adopta la lógica del “fin justifica los medios”. Bajo esta premisa, cualquier método es válido si produce crecimiento, cualquier mensaje es aceptable si no genera rechazo, y cualquier ajuste doctrinal es tolerable si facilita la expansión. De esta manera, el método deja de ser un siervo y pasa a convertirse en un señor. Lo que debería estar sometido a la Palabra comienza a condicionarla.

Uno de los efectos más sutiles de este enfoque es la inversión del orden espiritual. En lugar de buscar la dirección de Dios y luego actuar, se actúa primero y se busca respaldo espiritual después. Se implementan estrategias y luego se ora para que Dios las bendiga, en lugar de esperar que Él revele Su voluntad. La dependencia del Espíritu Santo es reemplazada por planificación humana intensiva, y la oración se convierte en un complemento, no en el fundamento.

Este tipo de pragmatismo también redefine el concepto de éxito ministerial. El pastor ya no es valorado por su fidelidad a la Palabra, su vida de oración o su carácter espiritual, sino por su capacidad de liderar estructuras complejas y producir resultados visibles. La iglesia comienza a formar líderes eficientes, pero no necesariamente espirituales; organizados, pero no siempre ungidos; activos, pero no siempre sensibles a la voz de Dios.

Es importante señalar que el problema no reside en la organización, la excelencia o la planificación. La Escritura no promueve el desorden ni la improvisación irresponsable. El verdadero conflicto aparece cuando estas herramientas ocupan el lugar que solo le corresponde al Espíritu Santo. Cuando la estructura se vuelve más importante que la presencia, y el sistema más valioso que la obediencia, la iglesia entra en una peligrosa ilusión de avance.

El pragmatismo peligroso promete crecimiento, pero exige un precio alto: la renuncia progresiva a la profundidad espiritual. Promete eficacia, pero debilita la fe. Promete impacto, pero diluye la verdad. Y lo más grave es que muchas veces no se percibe como un desvío, sino como una evolución necesaria. Así, la iglesia puede estar avanzando rápidamente... pero en una dirección equivocada.

Este capítulo introductorio, no busca demonizar métodos ni condenar a quienes, con sinceridad, desean ver fruto en la obra del Señor. Busca, más bien, encender una luz de discernimiento. Porque no todo lo que crece está vivo, y no todo lo que funciona es fiel.

Lo que deseo enseñar es que antes de preguntarnos qué es lo que da resultados, nos preguntemos qué ha ordenado Dios. Solo así podremos edificar una iglesia que no solo crezca, sino que permanezca. Los diseños de Dios no siempre son simpáticos, no siempre son rápidos en resultados, no siempre son efectivos de manera inmediata, no siempre son

del agrado humano y en la mayoría de las ocasiones, ni tienen lógica para nuestra razón.

De todas maneras, esos diseños son inexplicablemente gloriosos. Dios nunca está afanado por demostrar absolutamente nada. Él no necesita ser comprendido. Él puede evidenciar resultados incluso después de algunos siglos. Además, siendo Omnipresente y Todopoderoso, puede permitirse aparentes fracasos. Por supuesto, solo aparentes, porque Él nunca pierde, siempre termina cumpliendo Su propósito, aunque se demoren muchos años.

“Porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa.”

Hebreos 10:36



Capítulo dos

El pragmatismo bíblico vs. El pragmatismo peligroso

*“Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios;
Tu buen espíritu me guíe a tierra de rectitud.”*

Salmo 143:10

No toda acción práctica en la iglesia es una desviación espiritual. La fe bíblica no es abstracta ni desconectada de la realidad; por el contrario, se encarna en decisiones concretas, en obediencias visibles y en una sabiduría que se expresa en la vida diaria.

La Escritura no promueve una espiritualidad desordenada, improvisada o irresponsable. Dios es un Dios de orden, propósito y dirección. Por eso, es necesario hacer una distinción clara entre un pragmatismo nacido de la comunión con Dios y un pragmatismo gobernado por la obsesión por los resultados.

El pragmatismo bíblico surge de la obediencia. No comienza con una pregunta metodológica, sino con una

búsqueda espiritual: ¿qué quiere Dios? La acción es consecuencia de la revelación, no su reemplazo. En este sentido, la práctica no contradice la fe, sino que la expresa. La iglesia actúa, decide y se organiza porque ha oído la voz del Señor, no porque necesita demostrar eficacia ante los hombres.

Este pragmatismo saludable reconoce que Dios obra en la historia, en contextos reales y con personas limitadas. Por eso, utiliza recursos, administra tiempos, delega responsabilidades y toma decisiones sabias. Pero siempre lo hace desde una postura de dependencia. La práctica está subordinada a la Palabra, y la estrategia está sometida al Espíritu Santo. El método nunca se absolutiza; permanece flexible, revisable y secundario.

El pragmatismo peligroso, en cambio, invierte este orden. Comienza con la necesidad de ver resultados y luego busca la manera de justificarlos espiritualmente. Ya no se pregunta primero qué agrada a Dios, sino qué atrae a la gente.

No se discierne la voluntad del Señor, sino que se analizan tendencias, estadísticas y modelos exitosos. La revelación deja de ser la fuente y se convierte en un recurso que se adapta según la conveniencia.

Aquí aparece una diferencia crucial: el pragmatismo bíblico confía en Dios aun cuando los resultados no son inmediatos, mientras que el pragmatismo peligroso desconfía de Dios cuando los resultados no son visibles.

El primero está dispuesto a obedecer aunque el camino sea estrecho y poco atractivo. El segundo necesita evidencias constantes de éxito para sostener su convicción. Donde el pragmatismo bíblico espera, ora y persevera, el pragmatismo peligroso ajusta, simplifica o elimina todo aquello que pueda frenar el crecimiento.

Otro contraste importante está en la relación con el Espíritu Santo. En el pragmatismo bíblico, el Espíritu es el protagonista. Él guía, corrige, incomoda y, muchas veces, interrumpe los planes humanos. La iglesia aprende a vivir con margen para lo imprevisible de Dios.

En el pragmatismo peligroso, en cambio, el Espíritu Santo es tolerado mientras no altere el programa. Se le da un espacio controlado, pero no se le permite gobernar. La espontaneidad espiritual se percibe como desorden, y la dependencia como falta de profesionalismo.

Este tipo de pragmatismo suele justificarse con frases aparentemente piadosas: “hay que adaptarse a los tiempos”, “no podemos quedarnos atrás”, “lo importante es llegar a la gente”. Sin embargo, detrás de estas expresiones muchas veces se esconde una profunda inseguridad espiritual: el temor de que la Palabra, la oración y la obra del Espíritu no sean suficientes por sí mismas.

El pragmatismo peligroso también redefine el concepto de fruto. En la lógica del Reino, el fruto es el resultado de una vida conectada a Dios: carácter

transformado, obediencia, santidad, perseverancia y amor genuino.

En la lógica pragmática, el fruto se reduce a números, visibilidad y expansión estructural. Así, se puede hablar de crecimiento sin arrepentimiento, de avivamiento sin quebranto y de impacto sin transformación profunda.

Un signo revelador de esta desviación es la rigidez metodológica. Paradójicamente, lo que se presenta como innovación termina convirtiéndose en legalismo. Los métodos se defienden con más pasión que la verdad, y cualquier cuestionamiento es visto como resistencia al crecimiento o falta de visión. El sistema ya no sirve a la iglesia; la iglesia sirve al sistema. Y en ese proceso, la libertad del Espíritu es sacrificada en nombre de la eficacia.

El pragmatismo bíblico, por el contrario, produce humildad. Reconoce que ningún método garantiza el mover de Dios y que toda herramienta es insuficiente sin Su presencia. Por eso, no se aferra a fórmulas ni a modelos exitosos. Está dispuesto a soltar lo que funcionó ayer si hoy el Señor conduce por otro camino. No teme parecer débil, porque su confianza no está en la técnica, sino en la fidelidad de Dios.

Este capítulo nos confronta con una pregunta esencial: ¿Estamos sirviendo a Dios con métodos, o estamos sirviendo a los métodos en el nombre de Dios?

Responder esta pregunta con honestidad requiere valentía espiritual. Porque no se trata de cambiar actividades, sino de examinar motivaciones. No se trata de abandonar toda estrategia, sino de devolverle a Cristo el lugar que nunca debió perder: el centro absoluto de la vida y la misión de la iglesia.

Solo cuando el pragmatismo está sometido al Reino puede ser una herramienta útil. Cuando se independiza de la revelación, se convierte en un ídolo silencioso. Y todo ídolo, por más eficiente que parezca, termina exigiendo sacrificios que Dios nunca pidió.

“No sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios.”

Efesios 6:6



PARTE II
MANIFESTACIONES
DEL PRAGMATISMO PELIGROSO

Capítulo tres

El Evangelio reducido A producto

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.”

Romanos 12:2

Uno de los efectos más visibles y preocupantes del pragmatismo peligroso en la iglesia es la transformación del evangelio en un producto espiritual. Ya no se lo proclama como una verdad eterna que confronta, salva y gobierna la vida del creyente, sino que se lo presenta como una propuesta atractiva, diseñada para responder a necesidades inmediatas y expectativas humanas. En este proceso, el mensaje pierde peso, profundidad y autoridad, aunque gane aceptación y popularidad.

Cuando el resultado se convierte en el criterio principal, el contenido inevitablemente se ajusta. El evangelio comienza a ser evaluado no por su fidelidad a la

revelación bíblica, sino por su capacidad de agradar, retener y no incomodar. Así, el mensaje es simplificado, suavizado y, en muchos casos, fragmentado. Se predicán verdades parciales, promesas aisladas y principios motivacionales, pero se omite el llamado radical del Reino de Dios.

El evangelio reducido a producto suele presentarse como una herramienta de solución rápida: una respuesta para el estrés, una ayuda para mejorar la autoestima, una vía para alcanzar prosperidad o bienestar emocional.

Cristo es ofrecido como un medio para lograr una vida más cómoda, no como el Señor que exige rendición total. La cruz es mencionada, pero despojada de su escándalo; el arrepentimiento es sugerido, pero no demandado; el pecado es relativizado para no generar rechazo.

Este tipo de mensaje no niega explícitamente la verdad, pero la diluye. No confronta al oyente con su condición espiritual, sino que lo tranquiliza. No lo llama a morir al yo, sino a potenciarlo. No lo invita a seguir a Cristo cargando la cruz, sino a sumar a Cristo a su proyecto personal. El resultado es una fe centrada en el beneficio, no en la obediencia; una relación utilitaria con Dios, no una comunión transformadora.

El pragmatismo justifica esta reducción con argumentos aparentemente compasivos: “la gente no está preparada”, “no podemos ser tan duros”, “primero hay que atraerlos”. Sin embargo, este enfoque asume implícitamente

que el evangelio, tal como fue revelado, no es suficiente para tocar los corazones. Se confía más en la adaptación del mensaje que en el poder del Espíritu Santo para convencer, redargüir y transformar.

Cuando el evangelio se convierte en producto, el oyente deja de ser un discípulo en formación y pasa a ser un consumidor espiritual. Asiste mientras el mensaje le resulta útil, se involucra mientras se siente cómodo y se retira cuando es confrontado. La iglesia, en lugar de formar carácter, comienza a gestionar expectativas. Y el púlpito, en lugar de ser un lugar de proclamación profética, se transforma en un espacio de motivación constante.

Este fenómeno tiene consecuencias profundas. Se generan congregaciones numerosas, pero espiritualmente frágiles. Personas que conocen promesas, pero no principios; que celebran bendiciones, pero rehúyen el proceso; que buscan experiencias, pero evitan el compromiso. En tiempos de prueba, corrección o persecución, esta fe superficial se desmorona, porque nunca fue arraigada en una verdad sólida.

Además, el evangelio reducido a producto desplaza la centralidad de la cruz. La cruz no es solo un símbolo de amor, sino el lugar donde el ego es confrontado, el pecado es juzgado y el viejo hombre es crucificado. Quitarle ese peso es quitarle su poder transformador. Sin cruz no hay discipulado; sin arrepentimiento no hay conversión; sin verdad no hay libertad.

Este tipo de pragmatismo también afecta al predicador. Poco a poco, el mensaje deja de ser discernido en la intimidad con Dios y comienza a ser construido en función de la reacción del público. Se predica lo que funciona, no necesariamente lo que fue recibido en oración. La Palabra es seleccionada, editada y presentada como contenido, no como fuego. El temor de perder gente reemplaza el temor del Señor.

El problema no es la claridad ni la contextualización del mensaje. Jesús habló de manera comprensible y cercana, pero nunca sacrificó la verdad para ganar aprobación. Multitudes lo seguían, pero Él no adaptó el mensaje para retenerlas; al contrario, muchas veces lo profundizó hasta provocar deserción. Para Él, la fidelidad siempre estuvo por encima de la popularidad.

Reducir el evangelio a un producto puede producir crecimiento visible, pero no transformación profunda. Puede llenar auditorios, pero no formar discípulos. Puede generar entusiasmo momentáneo, pero no perseverancia. Y, lo más grave, puede dar la ilusión de éxito espiritual mientras el corazón del mensaje se vacía.

Este capítulo nos confronta con una pregunta ineludible: ¿Estamos anunciando un evangelio que transforma, o promocionando uno que simplemente agrada?

Recuperar el evangelio del Reino implica devolverle su peso, su verdad y su llamado radical. Implica confiar

nuevamente en que la Palabra, acompañada por la obra del Espíritu Santo, es suficiente. No necesita ser vendida, ni maquillada, ni suavizada. Necesita ser proclamada con fidelidad, aun cuando eso implique perder aplausos para ganar vidas verdaderamente transformadas.

“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad.”

2 Timoteo 2:15



Capítulo cuatro

Adoración o experiencia Emocional

“Más la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.”

Juan 4:23 y 24

La adoración es uno de los espacios donde el pragmatismo peligroso ha producido cambios más visibles y, a la vez, más sutiles. No porque la adoración haya dejado de existir, sino porque ha sido progresivamente redefinida. En muchos contextos, ya no se la concibe principalmente como un acto reverente de rendición delante de Dios, sino como una experiencia diseñada para generar impacto emocional en las personas.

Este desplazamiento no ocurrió de un día para otro. Comenzó con el deseo legítimo de involucrar a la congregación, de facilitar la participación y de expresar la fe

de maneras comprensibles para las nuevas generaciones. Sin embargo, cuando el criterio principal pasó a ser lo que “conecta”, lo que “mueve” o lo que “atrae”, la adoración comenzó a girar más alrededor de la respuesta humana que de la gloria divina.

El pragmatismo introduce una pregunta peligrosa en el corazón del culto: ¿qué siente la gente? Mientras que la verdadera adoración se pregunta primero: ¿qué agrada a Dios?

Cuando la experiencia emocional se convierte en el centro, la adoración corre el riesgo de transformarse en un evento cuidadosamente producido. La música, las luces, los tiempos y las dinámicas son planificados con precisión para provocar determinadas emociones. Nada queda librado al silencio, a la espera o al quebranto. Todo debe fluir, avanzar y mantener la atención. En este contexto, la adoración deja de ser un encuentro santo y se convierte en una vivencia estimulante.

El problema no está en la excelencia ni en el uso de recursos contemporáneos. Dios no es glorificado por el descuido ni por la mediocridad. El problema surge cuando la estética reemplaza a la reverencia, cuando el ambiente suplanta a la presencia, y cuando la emoción se confunde con la unción. Allí donde antes había temor del Señor, comienza a haber expectativa por la próxima sensación espiritual.

Este tipo de adoración genera una espiritualidad dependiente del estímulo. Las personas aprenden a buscar momentos intensos, pero no desarrollan una vida profunda de comunión. Si el culto es “fuerte”, sienten que Dios estuvo; si no lo es, asumen que Él no se manifestó. Así, la fe comienza a depender de la atmósfera, y no de la certeza interior de la presencia de Dios. ,.

El pragmatismo refuerza esta dinámica al medir la adoración por su impacto visible. Se evalúa si fue “buena” según la respuesta del público: lágrimas, euforia, aplausos o comentarios positivos. Pero la Escritura nos muestra que la verdadera adoración no siempre se manifiesta a través de canciones, no siempre es ruidosa ni emocionalmente intensa. A veces es silenciosa, profunda y confrontativa. A veces produce gozo, y otras veces quebranto. Su valor no está en lo que provoca en nosotros, sino en a quién exalta.

Otro efecto preocupante de esta transformación es la pérdida del contenido espiritual en las formas que se pretenden. Las canciones, en muchos casos, se vuelven repetitivas, centradas en la experiencia personal y pobres en revelación. Se habla mucho de lo que sentimos, pero poco de quién es Dios. Se exaltan emociones, pero no siempre se proclaman verdades. La adoración deja de formar doctrina en el corazón del creyente y se limita a acompañar estados de ánimo.

Además, cuando la experiencia es el centro, la adoración se vuelve selectiva. Se privilegia lo que agrada a ciertos grupos, especialmente a los más jóvenes o a los más numerosos, y se descuida la edificación integral del cuerpo. La iglesia, en lugar de ser una comunidad que aprende a adorar junta, se fragmenta en preferencias y estilos. La unidad se sacrifica en nombre de la eficacia.

Las pantallas dictan la letra, todo deja de ser espontáneo, las luces se bajan, el sonido se eleva y las emociones son invocadas por los que dirigen. En ocasiones nos hacen levantar las manos, gritar, dar vueltas, saltar o motivar al compañero de banca, pero la idea es no quedar pasivos, porque eso es un indicativo de no estar recibiendo la presencia de Dios.

Sentir o no sentir es la cuestión. Se invoca a Dios para que descienda, para que toque, para que sople, para que encienda, para que llene, para que visite, pero no se contempla la dinámica del Nuevo Pacto, ni se lo pone a Él como el receptor de lo que nosotros debemos impartir.

El pragmatismo también tiende a desplazar la obra soberana del Espíritu Santo. En lugar de dejar espacio para que Él dirija, confronte o interrumpa, se lo encierra dentro de un programa preestablecido. Todo está cronometrado, ensayado y controlado. El Espíritu es bienvenido mientras se mueva dentro de los márgenes previstos. Pero la verdadera adoración, la que nace del cielo, no siempre se ajusta a nuestras planificaciones.

La adoración auténtica no busca producir una experiencia, sino responder a una revelación. Brota de la contemplación de Dios, de la conciencia de Su santidad y de la rendición del corazón. No necesita estímulos externos para ser genuina, porque nace de una vida transformada. Cuando la adoración es verdadera, puede haber emoción, pero la emoción no es el fin; es una consecuencia, no un objetivo.

Este capítulo nos confronta con una pregunta profunda y necesaria: ¿Estamos guiando a la iglesia a adorar a Dios, o a buscar sensaciones espirituales?

Recuperar la adoración bíblica implica volver al centro: la gloria de Dios, la reverencia, la verdad y la obediencia. Implica enseñar que adorar no es sentir, sino rendirse; no es consumir un momento, sino ofrecer la vida. Cuando la adoración deja de ser un medio para satisfacer al hombre y vuelve a ser un acto para honrar a Dios, la iglesia recupera su salud espiritual.

***“Mi boca rebosa de tu alabanza
y todo el día proclama tu grandeza.”***
Salmo 71:8

Capítulo cinco

El Culto Al Método

*“Porque todas las cosas proceden de él,
y existen por él y para él.
¡A él sea la gloria por siempre! Amén.”*
Romanos 11:36

Uno de los rostros más sofisticados del pragmatismo peligroso en la iglesia es el culto al método. No se trata simplemente del uso de estrategias ministeriales, sino de la absolutización de sistemas que, habiendo dado resultados en algún momento, pasan a ocupar un lugar central y casi incuestionable en la vida de la iglesia. El método deja de ser una herramienta al servicio de la misión y se convierte en el eje alrededor del cual todo debe girar.

Este fenómeno suele comenzar con buenas intenciones. Un modelo parece funcionar, facilita la organización, promueve la participación y produce crecimiento visible. Pronto se lo adopta con entusiasmo y se

lo presenta como una respuesta eficaz a los desafíos del ministerio.

Sin embargo, cuando el método deja de ser evaluado a la luz de la Palabra y del discernimiento espiritual, comienza a consolidarse como una estructura rígida, difícil de cuestionar y aún más difícil de abandonar.

El problema no es el método en sí, sino el lugar que ocupa. Cuando se lo defiende con más pasión que la verdad, cuando se exige fidelidad al sistema como señal de compromiso espiritual, y cuando se mide la madurez del creyente por su nivel de involucramiento en la estructura, el método ha dejado de servir a Dios y ha comenzado a competir con Él.

Uno de los signos más claros de este desvío es la confusión entre obediencia y productividad. En lugar de formar discípulos sensibles a la voz del Señor, se forman colaboradores eficientes del sistema.

La espiritualidad se mide por la capacidad de cumplir funciones, sostener actividades y responder a las demandas del programa. El tiempo para la oración, el silencio, la reflexión y la comunión personal con Dios se reduce, porque “la obra no puede detenerse y supuestamente, servir al diseño es servir a Dios”.

En muchos contextos, el método no solo organiza la vida de la iglesia, sino que define la espiritualidad. Se enseña

cómo pensar, cómo servir y hasta cómo relacionarse con Dios dentro de los márgenes del modelo. Todo aquello que no encaja es visto como resistencia, rebeldía, falta de visión o inmadurez espiritual. De esta manera, el sistema se protege a sí mismo, aun cuando empobrece la vida espiritual de las personas.

Paradójicamente, este tipo de pragmatismo produce una nueva forma de legalismo. Aunque se presenta como moderno y dinámico, termina imponiendo reglas implícitas tan rígidas como las que dice haber superado. Hay formas correctas de servir, tiempos establecidos para crecer y caminos únicos para comprometerse. El Espíritu Santo ya no sorprende; debe adaptarse. Ya no conduce; acompaña.

Por supuesto, todo se envasa en un diseño moderno, dinámico, con buenos edificios, hermosas reuniones, música actualizada y mensajes motivacionales. Los líderes transmiten la visión como formadores o instructores de Coaching. El discipulado convencional es visto como anticuado y en todo lo que se enseña se imparte la visión del método y el trabajo como adoración a Dios.

Es muy común que en estos movimientos se exalte al apóstol, y sea un movimiento con tendencias proféticas, porque eso es lo que les permite dirigir a las personas emocionalmente. En todo momento enseñan sobre paternidad, honra y ADN de la casa, porque eso produce entrega y obediencia total.

Otro aspecto preocupante es que el culto al método desplaza la confianza en la soberanía de Dios. En lugar de descansar en que Él edifica Su iglesia, se desarrolla una ansiedad constante por sostener el funcionamiento del sistema. Si el método falla, todo parece derrumbarse. Esto revela una verdad incómoda: la fe ha sido transferida del Señor al modelo.

Este enfoque también afecta la relación entre liderazgo y congregación. Los líderes se convierten en guardianes del sistema, más preocupados por su preservación que por el cuidado de las almas. La corrección pastoral se reemplaza por ajustes estructurales, y el acompañamiento espiritual por capacitación funcional. La iglesia funciona, pero no necesariamente vive.

El culto al método suele justificarse con la frase: “si no hacemos esto, no creceremos”. Sin embargo, esta afirmación encierra una grave distorsión teológica. El crecimiento de la iglesia no depende de la perfección del sistema, sino de la obra de Dios. Cuando olvidamos esto, comenzamos a actuar como si el éxito dependiera exclusivamente de nuestra capacidad organizativa, y no de la gracia divina.

La Escritura nos muestra que Dios nunca se ata a fórmulas. Él puede usar estructuras, pero no depende de ellas. Puede bendecir métodos, pero no se somete a ellos. A lo largo de la historia bíblica, vemos cómo el Señor interrumpe esquemas, rompe patrones y desarma expectativas humanas

para recordarnos que Su poder no está en la técnica, sino en Su presencia.

El pragmatismo peligroso teme soltar el método porque ha confundido estabilidad con fidelidad. Pero la fidelidad bíblica no consiste en sostener sistemas, sino en seguir al Señor aun cuando Él conduzca por caminos distintos a los conocidos. Cuando la iglesia aprende a soltar lo que funcionó ayer para obedecer lo que Dios está diciendo hoy, recupera su libertad espiritual.

Volver a un lugar saludable no implica abandonar toda organización, sino restaurar el orden correcto. El método debe volver a ser siervo, no señor. Debe ser flexible, revisable y siempre secundario. Solo así la iglesia podrá moverse con libertad, discernimiento y dependencia real del Espíritu Santo.

Porque cuando el método ocupa el centro, Cristo es desplazado. Y cuando Cristo es desplazado, por más que todo funcione, algo esencial ya se ha perdido.



PARTE III
CONSECUENCIAS ESPIRITUALES

Capítulo seis

Iglesias llenas, Corazones vacíos

“Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.”

Mateo 22:37

Uno de los resultados más engañosos del pragmatismo peligroso es la capacidad de producir iglesias visiblemente llenas, pero espiritualmente vacías. El crecimiento numérico, cuando no está acompañado por transformación profunda, puede generar una peligrosa ilusión de salud espiritual. Se confunde asistencia con discipulado, participación con conversión, y actividad con vida espiritual.

En este escenario, la iglesia parece prosperar. Hay movimiento constante, agendas llenas, múltiples actividades y una notable afluencia de personas. Sin embargo, bajo esa superficie activa, comienza a evidenciarse una realidad preocupante: creyentes con poco arraigo en la Palabra, escasa vida de oración y una fe altamente dependiente del entorno. El corazón no ha sido formado; solo ha sido entretenido.

El pragmatismo prioriza la atracción, pero no siempre cuida la profundidad. Se logra que las personas lleguen, pero no necesariamente que permanezcan en la verdad. Se facilita el acceso, pero se debilita el proceso. La iglesia se convierte en un espacio cómodo, pero no en un lugar de transformación. Y cuando la fe no echa raíces profundas, cualquier viento de dificultad, corrección o sufrimiento la arranca con facilidad.

Este tipo de crecimiento suele producir creyentes espiritualmente inmaduros. Personas que conocen el lenguaje cristiano, participan de las actividades y se identifican con la comunidad, pero no han experimentado una verdadera rendición al señorío de Cristo. Hay entusiasmo, pero no convicción; hay emoción, pero no carácter; hay expectativa de bendición, pero poca disposición a la obediencia.

Las iglesias llenas, pero con corazones vacíos, suelen manifestar una fe selectiva. Se acepta lo que edifica emocionalmente, pero se rechaza lo que confronta. Se celebra la gracia, pero se evita el arrepentimiento. Se habla de amor, pero se relativiza la verdad. En este contexto, la Palabra deja de ser un instrumento de formación y se convierte en un recurso de afirmación personal.

El pragmatismo contribuye a esta superficialidad al reducir el discipulado a programas o ciclos breves. Se ofrecen procesos rápidos, accesibles y poco exigentes, bajo la premisa de no “cansar” a la gente. Pero el discipulado bíblico no es rápido ni cómodo; es un camino de formación

profunda, de renunciaciones, de perseverancia y de crecimiento progresivo. Cuando este proceso se simplifica en exceso, se vacía de contenido.

Otro signo evidente de corazones vacíos es la inestabilidad espiritual. Las personas entran y salen con facilidad, se entusiasman por un tiempo y luego desaparecen. Buscan constantemente nuevas experiencias, nuevas propuestas y nuevos estímulos. La fe se vuelve itinerante, sin raíces ni compromiso duradero. La iglesia deja de ser una familia espiritual y se transforma en un espacio de consumo religioso.

Este fenómeno también impacta en la ética cristiana. Cuando no hay formación profunda, la fe se desconecta de la vida cotidiana. Se puede participar activamente en la iglesia y, al mismo tiempo, vivir sin un compromiso real con la santidad, la justicia y la integridad. La fe se reduce a un ámbito dominical, sin incidencia real en las decisiones diarias.

Lo más grave es que esta situación suele normalizarse. Mientras los números acompañen y la estructura funcione, se asume que todo está bien. Las señales de alarma espiritual son ignoradas porque no afectan la estadística. Pero una iglesia puede estar creciendo en cantidad y, al mismo tiempo, debilitándose en esencia. Puede avanzar en visibilidad y retroceder en profundidad.

La Escritura nos muestra que Dios no se impresiona por las multitudes. Él observa el corazón. Una iglesia puede ser pequeña y estar llena de vida, o grande y estar espiritualmente anémica. El Reino de Dios no se mide por afluencia, sino por fruto. Y el fruto verdadero siempre es interno antes de ser visible.

En estas iglesias la gente no llega a percibir esa deficiencia espiritual. El hecho de que los líderes asocien asistencia y abundancia con éxito espiritual, la gente lo asume de la misma forma. Esto es muy lógico, si nuestros líderes nos dicen que vamos bien, es porque vamos bien.

Es más, los líderes están enseñados en medir la espiritualidad de los hermanos con la asistencia a los cultos, con el trabajo en favor del sistema de crecimiento y el dar financieramente. Dicen abiertamente que los hermanos que hacen esto están bien y quienes fallan en algunos de estos puntos están mal. Todos asumen que es así y por supuesto, nadie lo cuestiona.

Este capítulo nos enfrenta a una pregunta incómoda pero necesaria: ¿Estamos formando discípulos llenos del Espíritu, o simplemente reuniendo personas alrededor de una propuesta atractiva?

Recuperar la profundidad espiritual implica aceptar que no todo crecimiento es saludable y que no toda multitud es señal de bendición. Implica volver a invertir tiempo, paciencia y esfuerzo en la formación del corazón, aunque eso

signifique crecer más lento. Porque una iglesia que avanza despacio, pero con raíces profundas, resistirá las tormentas. Una que crece rápido, pero sin profundidad, corre el riesgo de derrumbarse cuando llegue la prueba.

“Que habite en ustedes la palabra de Cristo con toda su riqueza: instrúyanse y aconséjense unos a otros con toda sabiduría...”

Colosenses 3:16



Capítulo siete

El desgaste oculto Del liderazgo

*“Pues los labios del sacerdote deben guardar la sabiduría,
y los hombres deben buscar la instrucción de su boca,
porque él es el mensajero del Señor de los ejércitos.”*

Malaquías 2:7

Una de las consecuencias menos visibles, pero más devastadoras del pragmatismo peligroso en la iglesia, es el desgaste profundo del liderazgo. No se trata de un cansancio ocasional ni del agotamiento natural que implica servir con entrega, sino de una fatiga espiritual silenciosa, persistente y muchas veces negada. Es el cansancio de quienes sostienen estructuras que funcionan, pero que ya no los nutren espiritualmente.

En muchos casos, este desgaste no se manifiesta externamente. El ministerio sigue creciendo, las actividades continúan, los resultados se mantienen y la imagen pública permanece intacta. Sin embargo, en el interior del líder algo se ha ido apagando. La comunión con Dios se vuelve

funcional, la oración se transforma en preparación ministerial y la Palabra deja de ser alimento personal para convertirse casi exclusivamente en material de trabajo.

Quienes tenemos un rol dentro del liderazgo, ministramos siendo atravesados por la unción y por la Palabra. Cuando los métodos no nos permiten fluir espiritualmente, el manantial se va secando. Los líderes que no tienen la oportunidad de fluir en el Espíritu se notarán secos, llenos de conocimiento pero sin unción. Eso es muy desgastante, porque el peso espiritual sigue vigente, pero dejan de tener gozo espiritual y por tal motivo, tampoco tienen fortaleza.

El pragmatismo impone una presión constante: los resultados no pueden detenerse. Siempre hay algo que sostener, mejorar o superar. El líder ya no sirve desde el reposo en Dios, sino desde la urgencia del sistema. No se le permite detenerse, porque detenerse sería poner en riesgo el funcionamiento del método, pero tampoco pueden fluir. Así, el ministerio deja de ser un llamado y se convierte en una responsabilidad que pesa más de lo que el alma puede soportar.

Muchos pastores y líderes no están agotados por el cuidado de las personas, sino por la exigencia de sostener modelos que demandan productividad permanente. Se les exige visión, innovación, energía constante y disponibilidad total. Pero rara vez se les permite fragilidad, silencio o

procesos personales. El sistema necesita líderes fuertes, aunque estén espiritualmente vacíos.

Este desgaste suele ir acompañado de una culpa silenciosa. El líder sabe que algo no está bien, pero no puede expresarlo. ¿Cómo admitir cansancio cuando el ministerio “va bien”? ¿Cómo reconocer sequedad espiritual cuando los números crecen? Así, el pragmatismo no solo agota, sino que invalida el sufrimiento del líder, porque el éxito externo parece desmentir cualquier crisis interior.

Con el tiempo, la relación con Dios corre el riesgo de instrumentalizarse. Se ora para que las cosas salgan bien, se busca dirección para resolver problemas, se ayuna para enfrentar desafíos. Pero se pierde el espacio de intimidad sin objetivos, de comunión sin agenda, de estar con Dios sin necesidad de producir nada. El líder sigue hablando de Dios, pero cada vez está menos con Él.

Otro síntoma del desgaste pragmático es la pérdida de sensibilidad espiritual. Cuando la agenda está saturada y la presión es constante, el corazón se endurece sin darse cuenta. El líder comienza a reaccionar más desde la lógica que desde la compasión, más desde la estrategia que desde el discernimiento. La escucha pastoral se debilita, la paciencia se acorta y el gozo del servicio se reemplaza por una sensación de carga.

Paradójicamente, este tipo de agotamiento no suele llevar al descanso, sino a más actividad. El líder intenta compensar el vacío interior con más trabajo, más proyectos,

más control. El silencio incomoda, porque expone la sequedad. La quietud confronta, porque deja al descubierto la distancia interior con Dios. Así, el pragmatismo empuja al líder a huir de sí mismo.

En este contexto, muchos líderes comienzan a cuestionar su llamado. No porque Dios los haya dejado, sino porque el sistema los ha consumido. Algunos consideran abandonar el ministerio, otros se vuelven cínicos, y otros continúan funcionando sin vida, como si el servicio fuera una obligación que ya no brota del amor, sino del deber.

Por supuesto que, las congregaciones que funcionan con sistemas pragmáticos, tienen al menos un líder espiritual fuerte. Este líder generalmente llamado como apóstol, nunca demuestra desgaste, porque generalmente predica las reuniones principales, pero no ejercen actividades constantes dentro del sistema. Más que servir, suelen ser servidos, honrados y reconocidos como el padre de la casa. Por tal motivo suelen ser prósperos y dinámicos en su enseñanza, pero la gente no tiene llegada a ellos.

Estos supuestos apóstoles o padres de la casa, suelen tratar solamente con el liderazgo, enseñándoles lo mismo que los líderes deben enseñar a toda la gente. La fidelidad al sistema, la entrega, el compromiso y la generosidad. Por supuesto, quienes no actúan así, no pueden ser considerados líderes, pero quienes se sujetan suelen terminar muy agotados.

El pragmatismo también distorsiona el concepto de fidelidad ministerial. Permanecer en el sistema se confunde con ser fiel a Dios. Resistir el agotamiento se interpreta como madurez espiritual. Pero la Escritura nunca presenta el agotamiento crónico como señal de obediencia. Jesús mismo invitó a Sus discípulos a apartarse y descansar, no para dejar de servir, sino para preservar el corazón.

Cuando el liderazgo pierde la capacidad de detenerse delante de Dios, algo esencial se ha quebrado. El ministerio puede seguir funcionando, pero ya no fluye desde la vida, sino desde la inercia. Y ningún llamado fue pensado para ser sostenido sin comunión profunda.

Este capítulo busca dar nombre a una realidad que muchos líderes viven en silencio. No para justificar la renuncia al llamado, sino para rescatarlo hacia el fortalecimiento en Dios. Porque el problema no es servir demasiado, sino servir desconectados de la fuente. No es el trabajo ministerial, sino el reemplazo de la dependencia del Espíritu por la presión del resultado.

Además, necesito aclarar que no pretendo describir ningún ministerio en particular. La verdad es que conozco varios ministerios que funcionan de esta manera. No intento pegarle a ninguno de ellos. No soy quien para hacerlo y además, creo que la gran mayoría están persuadidos de que ese tipo de sistema pragmático y efectivo es del Reino.

De hecho, la sanidad del liderazgo no comienza con un cambio de estrategia, sino con un regreso al lugar secreto. Comienza cuando el líder vuelve a encontrarse con Dios no como ministro, sino como hijo. Cuando la comunión deja de ser un medio para sostener el ministerio y vuelve a ser el centro de la vida.

Ninguna estructura vale el alma de un servidor. Ningún método justifica la pérdida del gozo. Y ningún resultado, por impresionante que parezca, puede reemplazar una vida ministerial nacida del descanso en Dios.

“Porque satisfaceré al alma cansada, y saciaré a toda alma entristecida.”

Jeremías 31:25



PARTE IV

DESVIACIONES DEL ENFOQUE

Capítulo ocho

Un evangelio centrado En el hombre

“Entonces llamó a la multitud y a sus discípulos. Si alguien quiere ser mi discípulo, dijo, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga.”

Marcos 8:34

Una de las distorsiones más profundas y menos evidentes que produce el pragmatismo peligroso es el desplazamiento del centro del evangelio. Dios sigue siendo mencionado, Cristo sigue siendo nombrado y la Biblia continúa siendo citada, pero el eje ya no es la gloria de Dios, sino la satisfacción del hombre. Este giro no siempre es intencional ni explícito; ocurre de manera progresiva, casi imperceptible, hasta que la fe deja de girar en torno al Señor y comienza a organizarse alrededor de las necesidades humanas.

Un evangelio centrado en el hombre no se presenta como herejía abierta. Por el contrario, suele vestirse de compasión, sensibilidad pastoral y preocupación por las

personas. Habla de bienestar, propósito, sanidad emocional y realización personal. El problema no es que estos temas sean falsos o irrelevantes, sino que se conviertan en el punto de partida y en el objetivo final del mensaje. Dios deja de ser el centro y pasa a ser el medio.

En este enfoque, la pregunta fundamental ya no es: ¿quién es Dios y qué demanda Su santidad?, sino: ¿qué necesita la gente para sentirse mejor? El mensaje se organiza en torno a carencias humanas, no en torno a la revelación divina. La predicación comienza con el hombre y termina con el hombre, mientras Dios es presentado como aquel que viene a respaldar sus aspiraciones.

El pragmatismo favorece esta desviación porque es más fácil atraer personas cuando el mensaje las coloca en el centro. Un evangelio humanista y motivacional resulta cómodo, accesible y poco confrontativo. Afirma al oyente, valida sus deseos y promete mejoras visibles en su calidad de vida. Pero en ese proceso, se pierde una verdad fundamental: el evangelio no fue dado para engrandecer al hombre, sino para reconciliarlo con el Señorío de Dios.

Cuando el hombre ocupa el centro, el pecado se redefine. Ya no es una rebelión contra la santidad de Dios, sino una limitación emocional o una herida del pasado. El arrepentimiento deja de ser un acto de rendición y se convierte en un ajuste interno. La cruz pierde su carácter judicial y redentor, y se transforma en un símbolo de apoyo

emocional. Todo se suaviza para no incomodar la autoestima del oyente.

Este tipo de evangelio produce creyentes enfocados principalmente en sí mismos. Buscan a Dios mientras Él satisface sus expectativas, pero se frustran cuando el camino implica negación, espera o sufrimiento. La fe se vuelve transaccional: se ora para recibir, se sirve para obtener, se adora para sentir. Dios es amado por lo que da, no por quién es, y cuando no se recibe, se produce gran frustración.

Un evangelio centrado en el hombre también redefine el discipulado. Seguir a Cristo ya no significa negarse a sí mismo, sino aprender a potenciar el yo. El lenguaje de la cruz es reemplazado por el lenguaje del crecimiento personal. Se habla más de desarrollar el potencial que de morir al ego; más de alcanzar sueños que de someter la voluntad; más de empoderamiento que de obediencia.

Cuando se hace esto, el alma se siente bien, porque no están tratando de someterla al gobierno del Espíritu Santo, sino que están tratando de educarla, impulsarla y de alguna manera entronarla, diciéndole que es capaz de ser efectiva. En lugar de eso, deberían enseñarle a reconocer su incapacidad y morir a su propio gobierno.

Esta desviación no solo afecta al creyente individual, sino a toda la vida comunitaria de la iglesia. Las decisiones se toman en función de lo que la gente quiere escuchar, no de lo que necesita ser confrontado. Se evita todo aquello que

pueda generar incomodidad, tensión o pérdida de asistentes. La verdad es filtrada por la aceptación, y la corrección es postergada indefinidamente.

El pragmatismo refuerza este enfoque al medir el éxito del mensaje por la respuesta emocional que produce. Si la gente se siente bien, se asume que el mensaje fue bueno. Si hay resistencia o incomodidad, se considera que algo falló en la comunicación. Pero la Escritura nos muestra que la verdad, cuando es proclamada con fidelidad, no siempre produce agrado inmediato. Muchas veces hiere antes de sanar y confronta antes de restaurar.

Un evangelio centrado en el hombre genera una espiritualidad frágil, incapaz de sostenerse en medio de la prueba. Cuando llegan la pérdida, el sufrimiento o la disciplina divina, este tipo de fe se resquebraja, porque no fue formada para rendirse, sino para recibir. Dios es cuestionado cuando no cumple expectativas, y la fe se debilita cuando la vida no responde a las promesas interpretadas de manera superficial.

En contraste, el evangelio centrado en Dios comienza con Su santidad, Su soberanía y Su gloria. El hombre es visto a la luz de quién es Dios, no al revés. El pecado es reconocido como separación real, la cruz como necesidad absoluta y la gracia como un regalo inmerecido. En este marco, la vida cristiana no gira alrededor de sentirse bien, sino de vivir conforme a la verdad.

Este capítulo nos confronta con una pregunta esencial y profundamente espiritual: ¿Estamos predicando un evangelio que exalta a Dios o uno que tranquiliza al hombre? Lo práctico o lo aparentemente efectivo ¿Es verdaderamente lo mejor? Claro que no, pero esto es lo que vemos en las iglesias, de manera, cada vez más frecuente.

Volver a un evangelio teocéntrico no implica perder sensibilidad pastoral, sino recuperarla en su forma más genuina. Porque solo cuando Dios ocupa el centro, el hombre puede ser verdaderamente restaurado. Cuando el evangelio deja de girar alrededor del yo y vuelve a girar alrededor de Cristo, la fe recupera su profundidad, su poder transformador y su capacidad de formar discípulos firmes.

“Le contestó Jesús: El que me ama obedecerá mi palabra y mi Padre lo amará; vendremos a él y haremos nuestra morada en él.”

Juan 14:23



Capítulo nueve

Cuando el ministerio Ocupa el lugar de Dios

“Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.”

1 Pedro 4:10 y 11

Una de las sustituciones más sutiles y peligrosas que puede ocurrir en la vida cristiana es confundir el ministerio con Dios. No se trata de abandonar la fe ni de negar la centralidad de Cristo de manera explícita, sino de desplazar silenciosamente el corazón. El servicio continúa, la actividad se intensifica y el lenguaje espiritual se mantiene, pero la devoción ya no está dirigida principalmente al Señor, sino a la obra que se realiza en Su nombre.

Este desvío rara vez comienza con malas intenciones. Al contrario, suele nacer de una pasión genuina por servir, de un compromiso profundo con la misión y de un deseo sincero de ver fruto. Sin embargo, cuando el pragmatismo se instala, el ministerio deja de ser una expresión de obediencia y se convierte en un fin en sí mismo. La obra comienza a demandar lo que solo Dios debería recibir: tiempo, afecto, lealtad y confianza absoluta.

En este contexto, la fidelidad se redefine. Ser fiel ya no significa escuchar la voz del Señor, sino sostener el funcionamiento del ministerio. La obediencia se mide por la disponibilidad, la entrega y la productividad. El descanso espiritual se percibe como debilidad, y la quietud delante de Dios como pérdida de tiempo. El altar es reemplazado por la agenda, y la comunión por la eficiencia.

Cuando el ministerio ocupa el lugar de Dios, la identidad del creyente, y especialmente del líder, queda profundamente ligada a lo que hace. El valor personal comienza a depender del desempeño ministerial. Si la obra crece, hay gozo; si se estanca, hay frustración. La aprobación ya no se busca en la intimidad con Dios, sino en los resultados visibles del servicio.

Esta sustitución también afecta la manera en que se guía a la congregación. Se fomenta una cultura de trabajo constante, donde el compromiso se mide por la participación en actividades. Las personas son animadas a servir, pero no siempre a detenerse para cultivar su relación personal con

Dios. El hacer desplaza al ser, y el servicio pierde su carácter de respuesta amorosa para convertirse en una exigencia espiritualizada.

El pragmatismo refuerza esta dinámica al presentar el ministerio como una causa que no puede detenerse. Siempre hay una necesidad, un evento, una meta que alcanzar. El lenguaje del sacrificio es utilizado para justificar la sobrecarga. Se apela a la urgencia de la obra para silenciar el cansancio del alma. Pero cuando el ministerio exige lo que Dios nunca pidió, deja de ser santo.

Otro síntoma revelador de esta desviación es la resistencia a toda corrección o cuestionamiento. Cuando alguien señala que el ritmo es insostenible, que la estructura está dañando la vida espiritual o que el enfoque se ha desviado, se lo percibe como una amenaza. Cuestionar el sistema es interpretado como falta de compromiso con Dios. Así, el ministerio se protege a sí mismo, incluso a costa de las personas.

Esta confusión produce un profundo daño espiritual. Personas sinceras terminan agotadas, frustradas y, en algunos casos, heridas. Se sienten culpables por necesitar descanso, por cuestionar prácticas o por no poder sostener el ritmo. La gracia es reemplazada por la presión, y el gozo del servicio por la obligación.

La Escritura nos muestra una verdad clara y liberadora: Dios no necesita ser servido para existir, ni Su obra depende

de nuestra capacidad. Él invita a participar, no a sustituirlo. Cuando el servicio deja de fluir desde la comunión, se convierte en una carga que Él nunca impuso.

Jesús fue claro con Sus discípulos: antes de enviarlos a servir, los llamó a estar con Él. El orden nunca fue servir para luego estar, sino estar para luego servir. Invertir ese orden es el principio de todo desgaste y de toda distorsión ministerial.

Este capítulo nos confronta con una pregunta profundamente reveladora: ¿Estamos sirviendo a Dios desde la comunión, o estamos sirviendo al ministerio en Su nombre?

Volver a un lugar saludable implica reordenar prioridades. Implica recordar que el ministerio es un regalo, no un dios; una expresión de obediencia, no una fuente de identidad; un campo de servicio, no un sustituto de la presencia. Cuando Dios vuelve a ocupar Su lugar, el ministerio se purifica, se aligera y recupera su propósito original.

Porque la obra de Dios jamás fue diseñada para reemplazar a Dios. Y ningún ministerio, por exitoso que parezca, vale el precio de un corazón desplazado de la comunión con Él.



Capítulo diez

El pragmatismo del Súper ungido

*“Sobre todas las cosas cuida tu corazón,
Porque este determina el rumbo de tu vida.”*

Proverbios 4:23 (NTV)

Una de las expresiones más visibles del pragmatismo peligroso en la iglesia contemporánea es la exaltación del ministro por encima del mensaje, y de la figura pública por encima de la obra de Dios. En este escenario, el liderazgo deja de ser un servicio silencioso y se convierte en una plataforma de protagonismo. El ministro ya no es un siervo que señala a Cristo, sino una figura central alrededor de la cual gira la vida del ministerio.

Este fenómeno no surge de la nada. Es el resultado de una cultura que celebra la fama, el carisma y la visibilidad, y que ha infiltrado esos valores en la iglesia. El pragmatismo alimenta esta lógica porque los nombres conocidos atraen multitudes, generan confianza inmediata y producen resultados rápidos. Así, la presencia del ministro se vuelve

un recurso estratégico, y su imagen, una herramienta de crecimiento.

El problema no es que Dios use personas con dones visibles o con fuerte capacidad de liderazgo. A lo largo de la historia bíblica, Él ha levantado hombres y mujeres con llamados públicos y responsabilidades claras. El peligro aparece cuando el foco deja de estar en la obra de Dios y se desplaza hacia la persona; cuando el ministro comienza a ocupar un lugar que solo le corresponde a Cristo.

El pragmatismo del ministro-estrella o del súper ungido, se caracteriza por una dependencia excesiva de la figura central. Las personas no se conectan con la comunidad, sino con el líder. La fe se asocia al carisma, no a la Palabra.

La autoridad espiritual se confunde con popularidad, y la unción con capacidad de convocatoria. Cuando el ministro no está, todo se resiente; cuando él aparece, todo se activa. Esto revela una verdad incómoda: la confianza ha sido depositada en el hombre y no en Dios.

Este enfoque también distorsiona la manera en que se comunica el evangelio. El mensaje comienza a adaptarse al estilo, la personalidad y la marca personal del ministro. Se predica desde la identidad construida, no desde la revelación recibida. La Palabra corre el riesgo de ser utilizada para reforzar la imagen del predicador, en lugar de confrontar al oyente con la verdad de Dios.

El pragmatismo refuerza este protagonismo al premiar la visibilidad. Cuanto más conocido es el ministro, más se lo invita, más se lo promociona y más se lo expone. La lógica es simple: funciona. Pero en ese proceso, se pierde algo esencial: el espíritu de siervo. El liderazgo deja de ser un llamado al anonimato fiel y se convierte en una carrera por sostener relevancia.

Otro efecto preocupante de este modelo es la centralización del poder espiritual. Las decisiones, la visión y la dirección dependen casi exclusivamente de una persona. El discernimiento comunitario se debilita, y la corrección se vuelve difícil. Cuestionar al ministro se interpreta como rebeldía, y toda advertencia es vista como ataque. El liderazgo deja de estar bajo la autoridad de la Palabra y comienza a funcionar desde una autoridad personal incuestionable.

Este tipo de pragmatismo también afecta profundamente al propio ministro. La presión por sostener la imagen pública, mantener el impacto y responder a las expectativas se vuelve una carga pesada. El líder ya no puede mostrarse frágil, dudar ni detenerse. Vive expuesto, observado y evaluado constantemente. La fama, lejos de ser una bendición, se convierte en una prisión espiritual.

Además, el ministro que se muestra como súper ungido, corre el riesgo de confundir fruto con aprobación. Los aplausos reemplazan al testimonio interior del Espíritu Santo. El reconocimiento externo comienza a validar

decisiones que no siempre han sido discernidas en oración. Poco a poco, la dependencia de Dios es sustituida por la dependencia de la respuesta del público.

La Escritura presenta un modelo radicalmente distinto de liderazgo. Jesús, siendo el Hijo de Dios, rechazó sistemáticamente el protagonismo humano. No buscó fama, no construyó una imagen pública y no se dejó coronar por las multitudes. Su liderazgo se expresó en servicio, humildad y obediencia absoluta al Padre. Él lavó pies, no cultivó seguidores personales.

Los apóstoles siguieron ese mismo camino. Predicaron a Cristo, no a sí mismos. Rechazaron la exaltación personal y entendieron que su autoridad provenía de la fidelidad al mensaje, no de su carisma. Cuando la iglesia comienza a exaltar ministros, inevitablemente comienza a debilitar su vida espiritual.

Recuperar un liderazgo saludable implica dismantelar el culto a la personalidad y volver al modelo del siervo. Implica entender que el ministro no es el centro, sino un instrumento; no es la fuente, sino un canal; no es la estrella, sino un servidor del Reino. La gloria siempre debe regresar a Dios.

Cuando el pragmatismo convierte al ministro en marca, la iglesia pierde profundidad. Pero cuando el liderazgo vuelve a la humildad, la comunidad se fortalece.

Porque el verdadero liderazgo no necesita ser visto para ser efectivo, ni reconocido para ser fiel.

“¡Que todo el honor y toda la gloria sean para Dios por siempre y para siempre! Él es el Rey eterno, el invisible que nunca muere; solamente él es Dios.”

1 Timoteo 1:17 (NTV)



PARTE V
**VOLVIENDO AL CAMINO
DEL REINO**

Capítulo once

Recuperar la centralidad De Cristo

*“También debes saber esto: que en los postreros días
vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres
amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos,
soberbios...”*

2 Timoteo 3:1 y 2

Después de toda confrontación verdadera, el Espíritu Santo no deja al corazón en el vacío. La corrección divina nunca es un fin en sí mismo; siempre apunta a la restauración del orden correcto. Por eso, luego de exponer los riesgos del pragmatismo y sus múltiples desviaciones, es imprescindible volver al fundamento inamovible de la vida y misión de la iglesia: la centralidad absoluta de Jesucristo.

No necesitamos ser motivados a amarnos a nosotros mismos; ese amor es peligroso y ya está en nosotros por naturaleza. Tampoco debemos ser enseñados a odiarnos a nosotros mismos, pero como dijo Pablo en **Romanos 12:3**: Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está

entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. Debemos vernos como lo que realmente somos, tanto lo malo que somos en la carne, como la gloria de lo que somos en Cristo Jesús.

Debemos tener cuidado de nosotros mismos y dejar que el Señor sea el centro de nuestra vida y de Su Iglesia. Hablar de Cristo como centro puede sonar familiar, incluso repetitivo. Sin embargo, una cosa es confesarlo con los labios y otra muy distinta es organizar la vida, el liderazgo y el ministerio alrededor de Su señorío real.

El pragmatismo no suele negar a Cristo; simplemente lo desplaza. Lo mantiene presente en el discurso, pero ausente en la toma de decisiones. Recuperar Su centralidad implica más que afirmaciones doctrinales: requiere un reordenamiento espiritual profundo.

Cuando Cristo ocupa el centro, todo lo demás encuentra su lugar. Los métodos se subordinan, los líderes sirven con humildad, la adoración recupera reverencia y el evangelio vuelve a tener peso. Pero cuando Él es desplazado, aun levemente, todo se desajusta. El pragmatismo no quita a Cristo del escenario; lo convierte en acompañante de proyectos que ya fueron decididos sin Él.

Recuperar la centralidad de Cristo comienza con una verdad fundamental: la iglesia no nos pertenece. No es

nuestra visión, ni nuestro proyecto, ni nuestro legado. Es Su cuerpo. Él es la cabeza, no un asesor. Él gobierna, no colabora. Cuando esta verdad se diluye, el liderazgo asume funciones que nunca le fueron delegadas y el ministerio se convierte en una construcción humana con lenguaje espiritual.

Cristo en el centro significa que Su Palabra vuelve a ser la autoridad suprema, no una referencia que se adapta según la conveniencia. Significa que la obediencia pesa más que los resultados, y que la fidelidad es más valiosa que la visibilidad. Implica aceptar que seguir a Cristo puede llevarnos por caminos que no siempre parecen exitosos a los ojos humanos, pero que son plenamente agradables a Dios.

Este regreso al centro también redefine la forma en que discernimos la voluntad de Dios. En lugar de preguntar primero qué es viable, atractivo o eficiente, la iglesia vuelve a preguntar qué honra a Cristo. No se decide en función de tendencias, sino de convicciones. No se avanza por presión cultural, sino por dirección espiritual. La oración deja de ser un cierre simbólico y vuelve a ser el punto de partida.

Cuando Cristo es central, la obra del Espíritu Santo recupera su lugar. Ya no es un complemento emocional ni un recurso ocasional, sino el agente activo que guía, corrige y transforma. La iglesia aprende nuevamente a depender, a esperar y a obedecer, incluso cuando no hay garantías visibles de éxito. La fe deja de ser una herramienta para lograr objetivos y vuelve a ser una confianza radical en Dios.

Recuperar la centralidad de Cristo también sana al liderazgo. El pastor deja de ser el protagonista y vuelve a ser un siervo. La identidad ya no se construye a partir del rendimiento ministerial, sino de la relación con el Señor. El descanso espiritual deja de ser culpa y vuelve a ser obediencia. El líder aprende a decir no a lo urgente para decir sí a lo esencial.

Este proceso no ocurre sin resistencia. Volver a Cristo implica renunciar a controles, soltar seguridades humanas y aceptar la vulnerabilidad de depender de Dios. Implica reconocer que algunas cosas que funcionaban tal vez no deben continuar. Implica aceptar que la iglesia puede crecer más lento, pero crecer mejor. Y eso confronta profundamente una mentalidad pragmática acostumbrada a medir todo en términos de impacto inmediato.

Sin embargo, cuando Cristo vuelve al centro, algo profundo sucede en la comunidad. La adoración recupera su sentido, el discipulado se profundiza, la comunión se fortalece y el testimonio se vuelve más auténtico. La iglesia deja de correr detrás de la aprobación del mundo y comienza a caminar en la autoridad espiritual que nace de la obediencia.

Cristo en el centro no significa ausencia de orden, visión o planificación. Significa que todo eso fluye desde Él y para Él. Significa que los métodos pueden cambiar sin que la identidad se pierda. Significa que la iglesia puede

adaptarse sin diluirse. Significa que el Reino vuelve a ser el marco, y no el éxito.

Volver a ponerlo en el centro no es un acto simbólico, sino una rendición continua. Es permitir que Él revise agendas, confronte motivaciones y redefina prioridades. Es volver al lugar donde la iglesia no depende de su capacidad, sino de Su presencia.

Porque cuando Cristo es el centro, la iglesia puede perder relevancia ante el mundo, pero jamás perderá autoridad espiritual. Y cuando Él gobierna, aun en medio de debilidad, Su Reino avanza con poder verdadero.

“Porque contigo está el manantial de la vida; En tu luz veremos la luz.”

Salmo 36:9



Capítulo doce

Una iglesia fiel, Aunque no sea popular

“Puede ser que algunas personas nos contradigan, pero lo que enseñamos es la sana enseñanza de nuestro Señor Jesucristo, la cual conduce a una vida de sumisión a Dios.”

1 Timoteo 6:3 NTV

Uno de los mayores desafíos de la iglesia en cada generación ha sido resistir la tentación de buscar aceptación a cualquier precio. En un mundo que valora la visibilidad, la influencia y la aprobación social, la fidelidad bíblica suele parecer un camino poco atractivo. Sin embargo, a lo largo de la historia de la fe, Dios nunca llamó a Su pueblo a ser popular, sino a ser fiel.

El pragmatismo peligroso ha instalado una idea sutil pero poderosa: que para ser relevante, la iglesia debe ser aceptada; que para impactar, debe agradar; y que para crecer, debe evitar todo aquello que incomoda. Bajo esta lógica, la fidelidad comienza a verse como un obstáculo para el avance,

y la verdad como un riesgo innecesario. Pero el Reino de Dios nunca se expandió por consenso cultural, sino por obediencia.

Una iglesia fiel entiende que su llamado no es reflejar la cultura, sino confrontarla con amor y verdad. No desde una postura de superioridad moral, sino desde una convicción profunda: la verdad que salva también confronta. Cuando la iglesia intenta eliminar toda fricción con el mundo, termina perdiendo su capacidad profética. Se vuelve aceptable, pero irrelevante espiritualmente.

La popularidad es una medida engañosa. Puede indicar visibilidad, pero no necesariamente aprobación divina. Jesús mismo fue seguido por multitudes, pero también rechazado por ellas. Nunca ajustó Su mensaje para sostener la aceptación; al contrario, muchas veces lo profundizó, aun sabiendo que eso provocaría abandono. Para Él, la fidelidad al Padre siempre estuvo por encima del respaldo humano.

Una iglesia fiel acepta que el evangelio no siempre será bien recibido. La cruz sigue siendo escándalo y locura para una mentalidad que busca comodidad y control. El llamado al arrepentimiento, la negación del yo y el señorío de Cristo confrontan profundamente al corazón humano. Pretender que este mensaje sea siempre celebrado es desconocer su naturaleza.

El pragmatismo presenta la popularidad como una señal de efectividad. Pero la Escritura presenta la fidelidad

como una señal de obediencia. Mientras el éxito humano se mide por aplausos, el Reino se mide por perseverancia. Mientras el mundo celebra la adaptación, Dios honra la coherencia. Y muchas veces, esa coherencia implica caminar contra la corriente.

Una iglesia fiel, aunque no sea popular, se distingue por su claridad doctrinal. No negocia verdades esenciales para evitar conflictos, ni suaviza el mensaje para sostener números. No redefine el pecado para ser inclusiva. Ama profundamente a las personas, pero no confunde amor con complacencia. Sabe que la verdadera compasión no consiste en ocultar la verdad, sino en anunciarla con gracia.

En mi experiencia pastoral, pude comprobarlo. Durante los años en que servimos, enseñé mediante series de mensajes que resultaron reveladores, aunque confrontaron al pueblo. Eran mensajes del Reino, libres de religiosidad, pero cargados de un llamado ineludible al compromiso, a la entrega y al renunciamento personal. En esos días, muchos hermanos dejaron de asistir.

Me sorprendió, porque en cada reunión les pedía que participaran, asegurando que lo que compartía lo había recibido de Dios, y que no podían perder esas enseñanzas. Sin embargo, varios hicieron lo contrario. Al contactarlos, algunos reconocieron que las series eran difíciles de sobrellevar. A veces, la predicación de la verdad en amor puede ser ardua de asimilar, pero es indispensable no abandonar la misión.

Una iglesia fiel a la doctrina del Reino aprende a convivir con la tensión. No busca el rechazo deliberado, pero tampoco huye del conflicto cuando la verdad está en juego. Entiende que agradar a Dios y agradar al mundo no siempre es compatible. Y cuando debe elegir, elige la obediencia, aun si eso implica perder prestigio o visibilidad.

La fidelidad también redefine el concepto de crecimiento. No todo crecimiento es numérico, ni todo avance es visible. Una iglesia puede crecer en profundidad, madurez, carácter y discernimiento, aun cuando no experimente un aumento significativo en asistentes. Este crecimiento, aunque silencioso, es sólido y duradero. Forma creyentes firmes, capaces de resistir la presión cultural y permanecer en la verdad.

Aceptar no ser popular libera a la iglesia de una carga innecesaria. La libera de la ansiedad por agradar, de la presión por reinventarse constantemente y del temor a perder relevancia. Cuando la fidelidad es el objetivo, la iglesia descansa. Puede proclamar la verdad con amor, confiar en la obra del Espíritu Santo y dejar los resultados en manos de Dios.

Este capítulo confronta una mentalidad profundamente arraigada: ¿Preferimos una iglesia aceptada por el mundo o una iglesia aprobada por Dios?

La historia bíblica y la experiencia espiritual nos enseñan que Dios siempre ha obrado poderosamente a través

de remanentes fieles. No necesitó multitudes comprometidas superficialmente, sino corazones rendidos profundamente. Y cuando la iglesia ha elegido la fidelidad, aun en medio del rechazo, ha experimentado la verdadera autoridad espiritual.

Una iglesia fiel, aunque no sea popular, puede parecer pequeña a los ojos del mundo, pero es grande en el Reino. Puede no ocupar titulares, pero ocupa el corazón de Dios. Puede avanzar lentamente, pero avanza en la dirección correcta.

Porque al final, no seremos llamados a dar cuentas por cuántos nos aplaudieron, sino por cuán fieles fuimos a la verdad que nos fue confiada.

“Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ese sí tiene al Padre y al Hijo.”

2 Juan 1:9



Capítulo trece

El llamado a un Liderazgo discernido

“Esfuézate para poder presentarte delante de Dios y recibir su aprobación. Sé un buen obrero, alguien que no tiene de qué avergonzarse y que explica correctamente la palabra de verdad.”

2 Timoteo 2:15

Después de atravesar los riesgos, las desviaciones y las consecuencias del pragmatismo peligroso, el Espíritu Santo nos conduce a una pregunta inevitable: ¿qué tipo de liderazgo necesita la iglesia en este tiempo? No uno más eficiente, ni más visible, ni más influyente según los parámetros del mundo, sino un liderazgo discernido, formado en la presencia de Dios y gobernado por Su verdad.

El discernimiento espiritual no es una habilidad técnica ni una capacidad intelectual; es el fruto de una vida rendida al Señor. Nace de la comunión profunda, del temor de Dios y de una sensibilidad afinada por la Palabra y la oración. Un liderazgo discernido no se define por lo rápido que actúa, sino por lo bien que escucha. No por su capacidad

de ejecutar planes, sino por su disposición a obedecer la voz de Dios, aun cuando esa voz confronte sus propias expectativas.

El pragmatismo ha entrenado a muchos líderes para reaccionar ante la presión, pero no para discernir en la quietud. Se decide rápido para no perder oportunidades, se implementa para no quedar atrás, se ajusta para sostener resultados. Sin embargo, el liderazgo bíblico siempre fue llamado a esperar, a consultar y a discernir. Moisés subió al monte, David preguntó al Señor, Jesús se retiraba a orar. La prisa nunca fue una virtud espiritual.

Un liderazgo discernido entiende que no todo lo posible es lícito, y que no todo lo efectivo es obediente. Aprende a decir no a propuestas atractivas si estas comprometen la verdad. Aprende a resistir la presión del éxito inmediato para cuidar la fidelidad a largo plazo. No se deja seducir por lo que funciona, sino que se somete a lo que agrada a Dios.

Este tipo de liderazgo también reconoce sus propias limitaciones. No se apoya en la autosuficiencia ni en la imagen construida, sino en la gracia de Dios. Puede admitir cansancio, pedir ayuda y detenerse sin culpa. Sabe que la autoridad espiritual no se sostiene por control, sino por coherencia entre lo que se predica y lo que se vive.

El liderazgo discernido cuida el corazón antes que la estructura. Entiende que una iglesia sana no se edifica solo

con buenos sistemas, sino con líderes íntegros. Por eso, prioriza la vida espiritual, la formación del carácter y la salud interior. Prefiere perder velocidad antes que perder profundidad; prefiere revisar el rumbo antes que sostener una dirección equivocada.

Este liderazgo también forma discípulos, no dependientes. No centraliza la fe en su persona ni en su visión, sino que apunta constantemente a Cristo. Enseña a escuchar a Dios, no solo a seguir instrucciones. Fomenta la madurez espiritual, no la obediencia ciega. Porque sabe que una iglesia fuerte no es la que gira alrededor de un líder fuerte, sino la que camina bajo el señorío de Cristo.

Un liderazgo discernido entiende que el Espíritu Santo no es un recurso, sino el Guía. No se lo invoca para respaldar decisiones ya tomadas, sino que se lo busca para recibir dirección. Se deja corregir, interrumpir y redirigir. Aprende a vivir con margen para Dios, aun cuando eso desafíe la planificación humana.

Este capítulo es una invitación a recuperar una virtud esencial que el pragmatismo ha debilitado: el temor del Señor. No como miedo paralizante, sino como reverencia que ordena el corazón. Cuando el temor de Dios vuelve a ocupar su lugar, el liderazgo se purifica, las motivaciones se alinean y las decisiones se vuelven más claras.

El llamado de este tiempo no es a líderes más exitosos, sino a líderes más fieles. No a ministros más conocidos, sino

a siervos más obedientes. No a iglesias que impresionen, sino a comunidades que reflejen el carácter de Cristo.

Este capítulo nos deja frente a una pregunta final, profundamente personal: ¿Qué estamos dispuestos a perder para no perder la voz de Dios?

Porque el liderazgo discernido sabe algo que el pragmatismo olvida: es mejor avanzar lentamente con Dios que correr lejos de Él. Es mejor una iglesia pequeña y obediente que una multitud desorientada. Es mejor un liderazgo quebrantado delante del Señor que una estructura impecable sin Su presencia.

El discernimiento no se improvisa; se cultiva. Y se cultiva en el lugar secreto, donde no hay aplausos, métricas ni resultados que mostrar. Allí, en la intimidad con Dios, el liderazgo vuelve a ser lo que siempre debió ser: una respuesta humilde al llamado del Reino.

“Que todos nos consideren servidores de Cristo, encargados de administrar los misterios de Dios. Ahora bien, a los que reciben un encargo se les exige que demuestren ser dignos de confianza.”

1 Corintios 4:1 y 2 NVI



Epílogo

“Cuando la fidelidad vuelve a ser el camino”

“Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor.”

Efesios 5:17

A lo largo de estas páginas hemos recorrido un diagnóstico necesario, aunque incómodo. No para señalar con el dedo ni para levantar banderas de superioridad espiritual, sino para discernir con honestidad un riesgo real que atraviesa a la iglesia de nuestro tiempo: el pragmatismo que, en nombre de la eficacia, puede desplazar silenciosamente la obediencia, la comunión y la centralidad de Cristo.

El pragmatismo peligroso no se presenta como enemigo del evangelio, sino como su supuesto aliado. Promete alcance, impacto y crecimiento, pero muchas veces exige como precio la profundidad espiritual, la verdad sin concesiones y la dependencia del Espíritu Santo. No destruye la iglesia de golpe; la va vaciando lentamente mientras todo parece funcionar.

Este libro no es una invitación a retroceder ni a rechazar toda forma de organización, innovación o contextualización. Tampoco es un llamado a la nostalgia espiritual ni a idealizar el pasado. Es, más bien, una

exhortación a volver al fundamento, a revisar desde dónde hacemos lo que hacemos, y a quién estamos sirviendo realmente.

La iglesia no fue llamada a competir con el mundo, sino a ser sal y luz. No fue enviada a entretener, sino a discipular. No fue diseñada para sostener sistemas, sino para manifestar el Reino de Dios en la tierra. Cuando pierde este horizonte, aun con buenas intenciones, corre el riesgo de convertirse en una estructura activa pero espiritualmente debilitada.

A lo largo de este recorrido hemos visto cómo el pragmatismo puede afectar el mensaje, la adoración, el liderazgo, la vida comunitaria y el corazón de los ministros. Hemos visto iglesias llenas pero sin profundidad, líderes agotados pero silenciosos, métodos que funcionan pero que gobiernan, y una fe que corre el riesgo de centrarse más en el hombre que en Dios.

Pero también hemos visto que hay un camino de regreso. Un camino que no comienza con nuevas estrategias, sino con arrepentimiento. No con ajustes externos, sino con un reordenamiento interno. Volver a Cristo como centro no es una consigna teológica; es una rendición diaria. Es permitir que Él vuelva a gobernar nuestras decisiones, nuestras prioridades y nuestras motivaciones.

La fidelidad bíblica nunca fue el camino más fácil ni el más popular. Pero siempre fue el camino que produjo fruto

eterno. A lo largo de la historia, Dios ha obrado poderosamente no a través de multitudes impresionantes, sino mediante remanentes fieles. Personas que eligieron obedecer aun cuando eso implicara ir contracorriente.

Este libro es una invitación a elegir ese camino. A aceptar que tal vez creceremos más lento, pero creceremos mejor. A entender que perder aceptación no es perder relevancia espiritual. A descansar en que la obra es de Dios y que Él no necesita ser reemplazado por nuestra eficiencia.

El llamado final no es a hacer menos, sino a volver a hacer desde el lugar correcto. No a abandonar el ministerio, sino a rescatarlo del desgaste. No a silenciar la voz profética, sino a liberarla de la presión del resultado. Porque cuando la iglesia vuelve a la fidelidad, recupera su autoridad espiritual. Y cuando Cristo vuelve al centro, todo lo demás encuentra su lugar.



Oración final:

Padre, nos volvemos a Ti con el corazón expuesto y humilde, reconociendo que muchas veces hemos hecho cosas para el Reino sin detenernos a estar primeramente contigo...

Confesamos que, en nuestra búsqueda de resultados, hemos perdido sensibilidad espiritual, y que, en nombre de la obra, hemos descuidado la comunión espiritual...

Perdónanos, Señor, por cada vez que reemplazamos la obediencia por la eficiencia, la dependencia por el control, y la fidelidad por el éxito visible...

Limpia nuestro corazón de toda idolatría encubierta, aun de aquella que se disfraza de celo ministerial...

Devuélvenos el temor de Tu nombre. No el miedo que paraliza, sino la reverencia que ordena el alma y nos vuelve sensibles a Tu voz...

Enséñanos a escucharte antes de actuar, a esperar antes de decidir, y a obedecer aun cuando el camino no sea popular...

Sana a los pastores cansados, a los líderes agotados, a los siervos que han sostenido estructuras mientras su corazón se iba vaciando...

Restáuranos en el lugar secreto, donde no hay aplausos ni exigencias, solo Tu presencia y Tu gracia...

Porque preferimos agradarte a Ti antes que impresionar a los hombres. Y sabemos que, cuando Tú estás en el centro, Tu Reino avanza con poder verdadero...

En el nombre de Jesucristo ¡Amén!

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

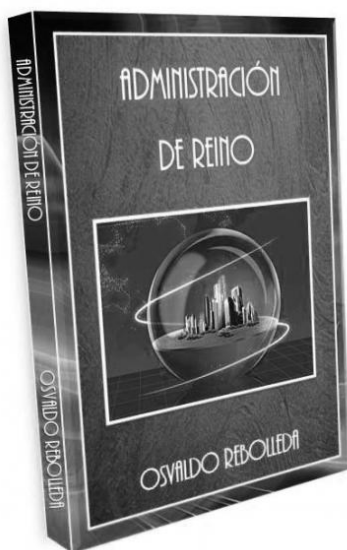
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

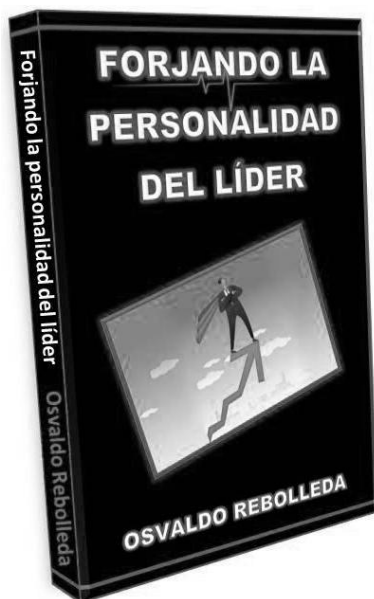
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

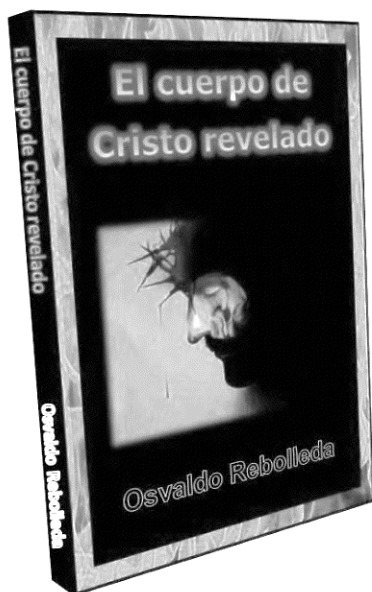
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

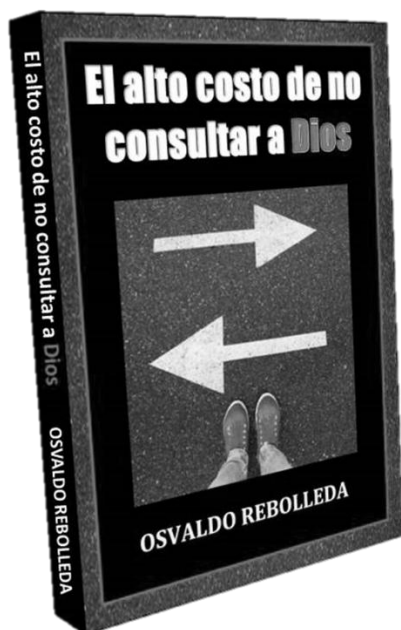


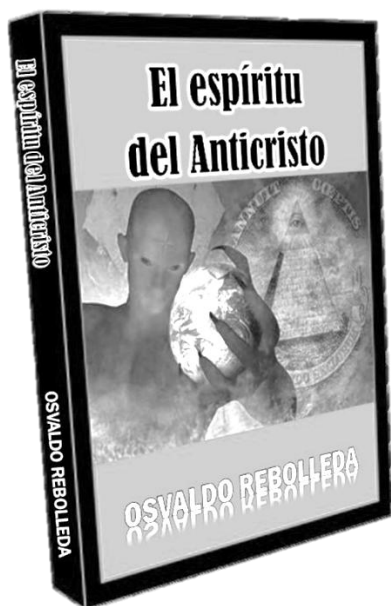
www.osvaldorebolleda.com



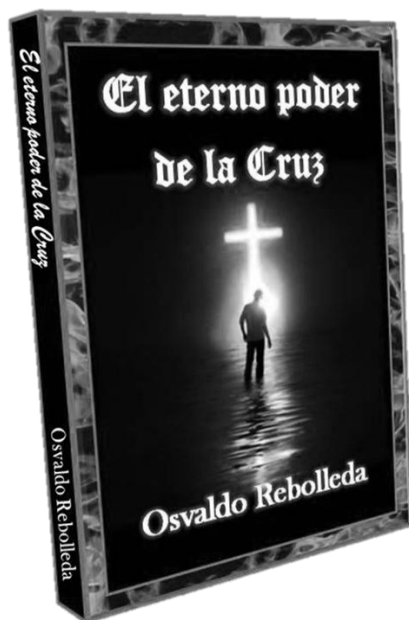
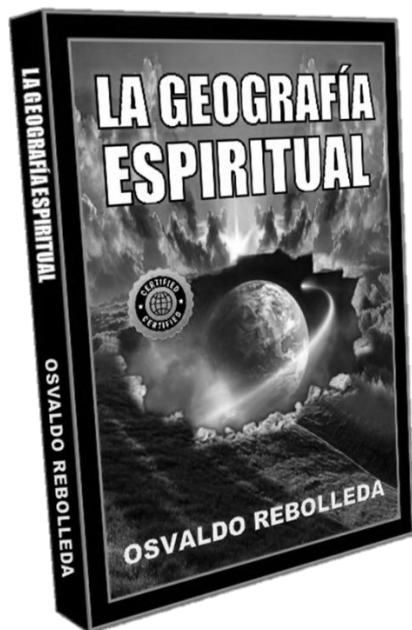


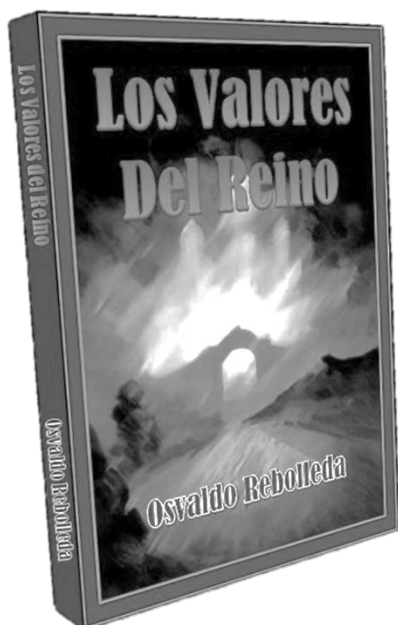
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

